MEROPE.

S12:7
put date

TRAGEDIA FRANCESA

PUESTA EN ESPAÑOL

por D. M. de B.

MADRID.
IMPRENTA DE BURGOS.
1815.

Apenas habrá traductor que no gaste algunas páginas en ponderar la dificultad de traducir, y de traducir bien; exâgerando mas las dificultades cada uno de la obra que escogió. Sin duda buscan indulgencia ó aplauso. Y, á crerlos, se les habria de atribuir mas mérito que á los autores originales

Sin embargo ¿quanta distancia hay de unos á otros, principalmente desde que el comercio de traducir se ha hecho tan comun, que apenas habrá quien se dedique al frances que no quiera darnos un modelo de traduccion?

Así está nuestra lengua de cor-

rompida y degradada, y así todas nuestras cosas.

Quánto escedan los perjuicios que se nos han seguido de esta mercenaria costumbre en comparacion de las ligeras ventajas que nos ha proporcionado, es dificil de explicar.

Dexéme tambien conducir del torrente, y caí en la flaqueza de traductor. La célebre *Merope* fue asunto de una casual ocupacion, á que ciertamente me siento poco inclinado, y que tomé por una especie de tedio y disgusto interior, que á nada me movia gustoso en tiempos melancólicos y sombríos.

Como el público es juez de las obras que se le presentan, siempre he creido por demas las advertencias sobre su mérito. Él las verá, y dará imparcialmente el que corresponda al autor ó al traductor. Ni me parece necesario infor-

marle de otras menudencias acerca de los motivos de variar tal ó tal pasage ó expresion, ó desviarse del autor en tal ó tal pensamiento ó escena: avisos que por lo comun no tienen otro objeto que la satisfaccion ó alabanza propia de quien los dá. Mucho menos entrar en la ridícula discusion de si el traductor ha de ser servil ó libre: si ha de copiar escrupulosamente las palabras, ó solo los penpensamientos; y si en el lenguage poético, las mas veces figurado, se debe con preferencia seguir este ó el otro rumbo. Quien quiera cotejarlo verá el que he seguido, y por consecuencia conocerá mi opinion en este punto. *Vale.*

INTERLOCUTORES.

MEROPE, *viuda del rey de Mesena Cresfonte, y madre de*
EGISTO.
POLIFONTE, *tirano de Mesena.*
NARBAS, *anciano y ayo de Egisto.*
EURICLES, *favorecido de Merope.*
EROX, *confidente de Polifonte.*
ISMENIA, *dama de Merope.*

La escena es en Mesena en el palacio de Merope.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

MEROPE. *ISMENIA.*

ISMENIA.

Cese el temor, y los tranquilos dias
gozad, señora, que promete el cabo
de las revueltas sanguinarias: dieron
triunfo y sosiego á nuestro afan los dioses;
y qual su cólera otro tiempo, ahora
sus piedades sentid: que ya pasados
quince años tristes de intestinas guerras,
Mesena eleva el halagüeño aspecto
que sacó de entre ruinas. Vuestros ojos
ya no verán los enemigos gefes
al bien discordes, al delito aunados,
al latrocinio, asolamiento y muerte,
por disputar del mejor rey la herencia;
y hoy congregados sacerdotes, gefes,

y magistrados, y los hombres buenos,
con libre voto adjudicar intentan
la corona del reyno: si ha de darse
(como lo espero) á la virtud, es vuestra:
que sola vos, á los derechos justos
de viuda de Cresfonte y rama ilustre
de nuestros reyes, reunís las prendas
dignas del trono, acrisoladas harto
en los quince años de continos males
con constancia sufridos, que os presentan
muy mas augusta y apreciable al pueblo
que en favor vuestro prevenido vive.

MEROPE.

¡Ay, que Narbas no viene! el hijo mio
le volveré yo á ver?

ISMENIA.

Bien esperarlo
podeis, que ya una multitud de tropas
toda Elide cruzó, y quedaron libres
con la paz los caminos. Vos sin duda
en manos fieles el precioso objeto
de vuestro afan y vuestro amor pondríais.

MEROPE.

¡Dioses, que sois de mi delor testigos!
¿me volvereis mi hijo? ¿vive acaso?
¿conservais aún al desgraciado infante
solo que yo salvé? De la homicida
mano escondedle, ¡ay! es vuestro hijo,
y sangre pura del divino Alcides:

¿y en abandono dexareis el resto
del rey mas justo y del dios mas fuerte;
el hijo mio, la preciosa imagen
del tierno esposo cuya sombra adoro?

ISMENIA.

¿Y ese cuidado, aunque tierno y justo,
ha de apartar vuestra atencion de todo?

MEROPE.

¿Soy madre ¡ay triste! y admirarte puedes?

ISMENIA.

¿Y olvidareis por el amor de madre
vuestro origen augusto? Bien seria
su infancia cariñosa; pero el tiempo
rápido fué, para llorarle tanto,
que en vuestros brazos le estrechasteis.

MEROPE.

Nunca
de mi afligido corazon la imagen
se apartó de mi hijo: sus peligros
alimentaron mi inquietud, creciendo
á par que el tiempo mis zozobras justas.
De Narbas sola una noticia vino,
nuevos cuidados á mi triste pecho,
en quatro años al albergue solo
donde se encierra mi tristeza y llanto.
Egisto, me escribia, *mejor suerte*
merece: es de vos digno y de los dioses
de quien desciende: acomete riesgos
que sobrepuja con virtud: podeislo

todo esperar de su valor; empero temed á Polifonte.

ISMENIA.

Sus designios
al menos precaved tomando cauta
las riendas del estado.

MEROPE.

Es el estado
para mi hijo: muera yo antes: caiga
el corazon que, de ambicion guiado,
pueda en sosiego con placer infame
gozar la herencia del costoso fruto
de sus entrañas: ¿para qué me sirve
sin hijos el imperio ni aun la vida?
Entonces yo le renuncié, aquel dia
funesto al mundo en que mi esposo fuera
en este sitio asesinado. ¡O crimen!
¡de hombres y dioses criminal perfidia!
¡O lance amargo que continamente
el dolor me recuerda! aun me parece
que oigo las voces, los lamentos tristes
gritando *al rey salvad, su esposa y hijos.*
Aun veo en sangre estos recintos llenos,
incendiadas las puertas, destrozados
cadáveres sin fin de esclavos y hembras
que aquí cayeran del tumulto huyendo:
el terror, las espadas, fuego y muerte
corriendo en torno: por allí Cresfonte,
cubierto en polvo, revolcado en sangre,

vuelve hácia mí los moribundos ojos,
y espirando me abraza. Allá mis hijos,
mis tiernos hijos, de una union tan dulce
frutos preciosos, á la muerte impía
condenados tambien, caídos yacen
sobre su padre, y en su sangre envueltos
elevan aún las inocentes manos,
¡ay, demandando á su afligida madre
favor contra asesinos! Solo Egisto
se libertó, que un Dios quiso salvarle.
¡Guárdale ó Dios, pues le guardaste
entonces!
Que venga, cielos, que le traiga Narbas
de los desiertos á sus patrios reales;
y pues su ausencia y mi prision quince años
sufrí, por premio que en mi trono reyne.

ESCENA SEGUNDA.

Dichas y EURICLES.

MEROPE.

¿Y qué?::: ¿y Narbas?::: ¿y mi hijo?::

EURICLES.

Estoy confuso:
vanos mis pasos y mi celo han sido:
del Peneo las márgenes, los campos

de Olimpia, hasta los muros se han corrido
de Salmonea; empero oculto Narbas
y por do quier desconocido vive.

MEROPE.

¡Ay, todo lo perdí! sin duda es muerto.

ISMENIA.

Todos los males que vuestra alma afligen
creeis, señora: por ventura Narbas
con las noticias de la paz dichosa
puede que el hijo que anhelais os vuelva.

EURICLES.

Bien puede ser que su ternura cauta
como la fuga la venida oculte;
que á Egisto cuida, los malvados teme
que á vuestro esposo asesinaron viles;
y necesita sus horribles tramas,
sus asechanzas, su furor rabioso
diestramente burlar. Yo por mi parte
con todo anhelo cuidaré que encuentren
libre la vuelta, pues que tengo puestos
en los caminos do corrió la sangre
mil centinelas de probado brio
que atentos velen::::

MEROPE.

En tu honrada y noble
fidelidad mi confianza vive.

EURICLES.

Qué puede mi flaqueza en vuestro
amparo!

Su trono se va á dar: en vano quiso
mi acento debil los derechos justos
hacer valer de nacimiento y sangre:
La injusticia es mayor: el pueblo debil
y envilecido, sin preciar sus leyes,
se inclina á Polifonte.

MEROPE.

¿Hasta hay podria
la suerte envilecernos? ¿A ser siervo
en sus estados volveria mi hijo,
y á ver sentado en el excelso trono
de sus mayores un vasallo humilde?
¿Tendrá de Júpiter la prole augusta
dueño en Mesena? ¿Los parciales mios
me abandonaron? ¿De mi esposo el nombre,
súbditos viles, se olvidó tan pronto?
¿pasó su gloria, sus bondades fueron,
ingrato pueblo, y tu olvidanza vino?

EURICLES.

De vuestro esposo la memoria es grata:
le lloran aún, de vuestro mal se duelen;
pero la fuerza impera, y Polifonte
es temido.

MEROPE.

Mi pueblo así se abate:
por su temor y su opresion veremos
sacrificada la justicia al crimen,
al interes, que de la suerte dueño,
siempre el mas debil al delito vende

del mas robusto. A enardecer vayamos
esas tímidas almas, á encenderlas
el fuego sacro que en sus venas corre
con la sangre heraclida. Su esperanza
alienta, Euricles, su cariño excita,
y anúnciales de su señor la vuelta.

EURICLES.

Les dixe muy sobrado; y Polifonte
ya receloso vuestro llanto teme
y á vuestro hijo; y sus cautelas dobla:
que la ambicion que le devora el alma
no le permite sosegar un punto.
Si los piratas arrojó de Pilos
y de Anfrisia, si salvó á Mesena
cree que la conquistó: para sí solo
trabaja, y todo sojuzgarlo quiere.
Al trono aspira, y por robarle impune
ni obstáculo hay que osado no atropelle,
ni ley que uo corrompa, ni tampoco
sangre que no derrame. Aquellas manos
que á vuestro esposo asesinaron, puede
que á vuestra vida sin piedad asesten.

MEROPE.

¡Cada paso un abismo! ¡en torno el crimen
y el peligro me cercan! ¡Polifonte!
un súbdito infeliz cuyas maldades::::

EURICLES.

Disimulad, que él viene. *Vase*

ESCENA TERCERA.

MEROPE, POLIFONTE Y EROX

POLIFONTE.

En fin, señora,
ya mis designios declarar precisa.
El brazo aqueste que os sirvió, un camino
me abre ácia el trono: los magnates prontos
á decidir entre los dos vacilan
por hacerme merced. De las facciones
que desolaban á Mesena un tiempo,
sangre y discordias por do quier
sembrando,
la vuestra y mia restan: mútuo apoyo
nos debemos los dos: nuestros contrarios
comunes, el amor ácia la patria,
y deber, y interes, razon, y todo,
todo nos une; os manifiesta todo
que si un guerrero que os vengó
al marido
puede al trono aspirar, tambien lo puede
á vuestra mano. Mi atencion no ignora
que entre las armas y el furor crecido
mi árido aspecto para vos escaso
de atractivos será: que vuestro rostro,
aun con las gracias de la edad florida,

esquivará mi madurez adusta.
Mas desconóce la razon de estado
esos caprichos, y del rostro mio
las nobles cicatrices solo honrarse
pueden de hoy mas con las insignias régias.
A vos y el cetro en recompensa exîjo
de mis hazañas: ni creais, señora,
que es demasía; que aunque hija y madre
de nuestros reyes sois, demanda empero
el estado un señor; y creed que es fuerza
para guardar partir vuestros derechos.

MEROPE.

El cielo, que me llena de desdichas,
no me dispuso de tu audacia al colmo.
Súbdito de mi esposo, tu atrevido
labio se atreve á proponer que olvide
su dulce nombre y que contigo me una.
¿Yo? ¿yo de mi hijo, de este bien tan solo
que me resta, el funesto heredamiento
contigo partiría? ¿Yo insensata
su estado y madre en tu poder metiera,
y de los reyes con la real corona
la sien ciñera de un soldado altivo?

POLIFONTE.

A un soldado qual yo justa demanda
es el gobierno del estado ilustre
que supo defender. El rey primero
que hubo un soldado de fortuna fuera.
Ni necesita de ascendencia clara

quien á su patria sirve bien: la sangre
con que nací no exîste; está extinguida
por servirla y á vos; y yo me precio,
de esos desdenes á despecho, en tanto
como los reyes que venció mi diestra.
Y en fin, sabed que á esa repulsa altiva
yo solo ofrezco la mitad de un trono
con que me brinda superior partido.

MEROPE.

¿Un partido tú, bárbaro, en desprecio
de nuestras leyes? ¿pues exîste acaso
otro partido que el partido justo
de tus monarcas? ¿La obediencia es esa,
y esa la fé que nos juró tu labio
á mi esposo y á mí? ¿ la fé sagrada
que debes tú á sus ofendidos manes,
su viuda y hijo, y á los altos dioses
de quien descienden y el imperio heredan?

POLIFONTE.

Es bien dudoso que vuestro hijo exîsta:
mas quando aquí se apareciese un tiempo
á faz del mundo á demandar su trono,
sería en vano; que Mesena quiere
un rey famoso, de experiencia, y harto
á defenderla; y afirmarse puede
que solo tiene el vengador del trono
á ocuparle derecho. Egisto joven
é inexperto, de su cuna el lustre

no sabrá sustentar; ni se merece
nada quien nada por nosotros hizo.
De otro precio es el trono: ya el gobierno
no es una herencia que transmite el órden
de sucesiones, sino el premio justo
de la virtud y las fatigas graves:
premio que creo á mi valor debido.
Recordad aquel dia en que vos fuisteis
sobrecogida por las viles bandas
de Anfrisia y Pilos; atraed, señora,
á la memoria vuestro esposo y hijos
casi ante vos asesinados: vedme
á mí rompiendo la impetuosa furia
de aquellos foragidos inhumanos,
lanzarlos lejos y salvar la patria:
ved estos muros por mi esfuerzo libres:
considerad el suspirado esposo
por mí vengado; y reparad si me honran
timbres bastantes, distincion, derechos,
que el cielo ordena y mi valor afianza.
Vuelva vuestro hijo, y á mi lado aprenda
sendas de gloria, de reynar el arte:
verá si basto á sustentar el cetro.
Es la sangre de Alcides muy preciosa;
mas no la envidio: mi ambicion aspira
á grandeza mayor: quiero yo mismo
asemejarme á la deydad sagrada
de donde él trae su esclarecido origen.

Y al fin la madre defender me toca
y dar exemplo al hijo, y ser su padre.

MEROPE.

No aquí intencion tan generosa ostentes,
ni insultes mas á mi infelice hijo.
Si osas de Alcides imitar la gloria,
dexa su herencia al sucesor inerme
de un heraclida: que ese Dios que injurias
y á quien injusto asemejarte intentas,
fué vengador, no usurpador de estados:
su vigilancia, su justicia imita
siendo la guarda de tu rey, y amparo
de su inocencia; búscale, conduce
á mi presencia mi perdido hijo;
y á fuerza de virtudes haste digno
de merecer la madre: en el estado
restablecido á tu señor coloca.
Puede que acaso mi respeto entónces
quiera dignarse::: pero no es posible,
no puede ser que mi persona nunca
cómplice y precio del delito sea. *Vase.*

ESCENA QUARTA.

POLIFONTE Y EROX.

EROX.

¿Vos esperais que su altivez deponga?
¿y no podreis sino á placer y antojo
de su orgullo reynar? ¿Habeis sabido
la senda hollar del trono, y creeis forzoso
para ocuparle pretender su mano?

POLIFONTE.

Un precipicio hay entre mí y el trono,
y que mi suerte caiga en él precisa
ó le traspase: confiada espera
Merope á Egisto; y de su parte al pueblo
tal vez tendrá si hoy á Mesena vuelve.
Quando á su padre y á sus dos hermanos
asesiné, de este sangriento trono
en vano, amigo, me allané el camino:
en vano aquí en esta mansion de luto,
y que llenó la sedicion de horrores,
quiso mi suerte con oscuro velo
mis atentados ocultar. En vano
creen que yo soy los seducidos pueblos
el defensor de la familia régia
á quien oprimo. La ocasion se acerca

de decidir mi venidera suerte.
Si de la estirpe del divino Alcides
un vástago hay: si ese llorado infante
vuelve á Mesena, se perdió ya el fruto
de mis quince años de fatigas: creeme;
recordará el preocupado pueblo
de sangre y cuna las ideas necias,
y su defensa tomarán. Del padre
la memoria: cien reyes por abuelos:
de nuestrós dioses sucesor creido:
los gritos, los lamentos de una madre
desesperada, destruirán bien pronto
mi vacilante autoridad. De Egisto,
de ese enemigo es menester que triunfe.
Quando en su cuna le iba á ahogar,
de Narbas
la diligencia á las astutas manos
de mis parciales arrancó su infancia.
Desde aquel dia fugitivo, lejos
de estos paises, los desvelos mios
en su busca frustró: sus emisarios
intercepté: mi prevision ha roto
la inteligencia entre Merope y ellos.
Mas yo conozco la voluble suerte,
y puede acaso revolver su rueda:
puede rasgar á este secreto el velo:
que alguna vez el sufrimiento largo
de las deidades apurarse suele,

y su venganza inesperada llega.

EROX.

Lanzad ese temor: corred sin miedo
donde el destino venturoso os llama.
El dios que guia los designios vuestros
es la prudencia: por do quier se cumplen
vuestros mandatos, y de Elide ocupan
y de Mesena los confines todos
parciales vuestros: si parece Narbas,
y él nunca aparta de su lado á Egisto,
ambos caerán.

POLIFONTE.

Mas dí, ¿tú me aseguras
de la lealtad de los que á mí me sirven?

EROX.

Van conducidos por caudillo diestro,
é ignoran todos cuya sangre deba
correr; y el nombre del monarca odioso
que ha de inmolarse. Se les ha pintado
como traydor y delincuente á Narbas,
como un malvado que guarida busca;
y como esclavo y asesino al otro
á quien las leyes á morir condenan.

POLIFONTE.

¡Aún este crimen! está bien: que sea:
mas muerto el hijo he menester la madre:
he menester de un himeneo útil
á mi grandeza, que me encubra el nombre

de usurpador, y á mí partido atrayga
del pueblo indócil el ansiado voto:
en fin, amigo, que me trayga en dote
el amor que la tienen. Los semblantes
demuestran bien la repugnancia interna
con que me miran: de esperanzas llenos,
ó acobardados de temor, tan solo
el interes á mi faccion los une,
y él los separará. Tú, que pendiente
de mi grandeza tu fortuna miras,
Erox querido, á reunir camina
los pareceres: que el avaro venda
su voto al oro: al cortesano torpe
dale esperanzas de favor: disipa
la timidez, las vacilantes dudas
de los débiles ánimos: promete,
dá, y lisongea, y intimida, y finge:
que aunque esta espada hasta los pies
del trono
me ha conducido, no es bastante
el triunfo:
es necesario seducir la plebe;
amansar esa hidra, hacerla al yugo,
y emplear la astucia hasta su amor
grangearme.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

MEROPE. EURICLES. ISMENIA.

MEROPE.

¡Que! todo el mundo el paradero oculta
de mi hijo Egisto? este silencio triste
no acabo, Euricles, de entender: ¿de Elide
no se ha sabido en los confines nada?

EURICLES.

Nada entendí: solo un extraño joven
se descubrió, cuya sangrienta mano
y demudado aspecto indicios daban
de homicidio reciente: encadenado
se le conduce á la prision por mi órden.

MEROPE.

¿Un homicidio? ¿un mozo extraño,
Euricles?

¿Qué sangre, dime, derramó? ¿qué ha hecho?
Me pasmas de temor.

EURICLES.

Efecto triste
del amor que os domina: un leve acaso
sobresalta vuestro ánimo, y conspir
todo á afligir el corazon sensible
de una madre amorosa: por vos habla
naturaleza en elocuentes modos.
Pero este lance tan comun no tiene
nada, señora, que alteraros deba.
Aún infestadas las comarcas yacen
de delincuentes, desgraciado fruto
de las furiosas intestinas guerras.
Sin vigor la justicia, nuestros pueblos
desiertos aún, y la campaña fértil
abandonada, á los supremos dioses,
que nuestra causa descuidaron tanto,
piden la sangre que el furioso encono
de los patricios entre sí vertiera.
Desechad el temor.

MEROPE.

Responde dixe:
¿Quién ese incógnito es?

EURICLES.

Uno de tantos
que la suerte abandona: un miserable,

si se compara su exterior, nacido
en la baxeza, y condenado á oprobio.

MEROPE.

No importa: venga aquí, sea quien fuere:
el testigo mas vil, la luz mas debil
grandes verdades descubrirnos suelen.
Puede que en esto á la inquietud yo crea
que me tiene sin mí; piedad empero
ten, y respeta la flaqueza mia.
De todo teme mi cariño, y quiere
no perdonar cuidado. Que aquí venga:
yo misma verle y preguntarle quiero.

EURICLES *á Merope.*

Sereis obedecida.

á Ismenia.

Id: que le traygan,
que llegue al punto.

MEROPE.

Este cuidado inútil
conozco que será; pero el despecho
me ciega, Euricles, la razon me falta,
y el motivo no ignoras. Mis desdichas
llegan á colmo: se destrona á mi hijo,
á mi me insultan: Polifonte abusa
de mi infortunio: de quien soy se olvida
hasta atreverse á pretender mi mano.

EURICLES.

Aún es mayor la desventura vuestra

de lo que vos imaginais: conozco
que ese himeneo vuestro lustre ofende;
pero lo exîgen, y la suerte esquiva
aquesta afrenta necesaria os hace.
Mal partido es; mas por desgracia el solo
que á su legítimo señor pudiera
el trono conservar. Tal es el fallo
de los magnates y soldados.

MEROPE.

Mi hijo
no lo consentiría, no: el destierro
á que en su infancia condenado fuera,
menos odioso que esta union infame
le seria sin duda.

EURICLES.

Ciertamente
le condenára si, en el goce puesto
de sus derechos, á los timbres solo
de su sangre atendiese: mas si su alma,
desengañada en contratiempos tantos,
por su interes su proceder reglase;
de sus amigos si el consejo oyera;
si consultára la imperiosa y dura
ley de necesidad, viera en efeto
que no podia su afligida madre
darle una prueba de su amor mas clara.

MEROPE.

¿Ay, que me dices?

EURICLES.

Desabridas cosas
que á mi lealtad vuestros pesares dictan.

MEROPE.

¡Qué! ¿quieres tú que el interes exceda
al grave horror que á Polifonte tengo?
¡y le pintaste con tan negros rasgos!

EURICLES.

Yo peligroso os le pinté: comprendo
bien sus furores, y que puede mucho,
todo lo puede: sucesor le falta,
y vos á Egisto amais.

MEROPE.

¡Ay, quán precioso
es este amor al corazon! él me hace
muy mas odioso á Polifonte. Dexa
de hablar de imperio y de mi himeneo
siempre.
Habla de mi hijo, si respira dime:
cruel, notíciame eso.

EURICLES.

El extrangero
teneis aquí, á quien la ternura vuestra
tristes sospechas preguntar ansiaba.

ESCENA SEGUNDA.

Dichos, EGISTO *encadenado*, ISMENIA *y Guardias.*

EGISTO *en el fondo del teatro á* ISMENIA.

¿Esa es la augusta desgraciada reyna
cuyas grandezas y reveses graves
llevó la fama á los desiertos climas
donde habité?

ISMENIA.

Tranquilizaos: es ella.

EGISTO.

¡O Dios potente, que su rostro hermoso
á tu imagen hiciste! pon tu mano
en su defensa: la virtud sentada
sobre los tronos, de tus obras grandes
es la mas digna.

MEROPE.

¿El matador es ese?
¿baxo exterior tan apacible y grato
puede abrigarse un corazon perverso?
Llega, infeliz, no temas: ¿En qué sangre,
dime, bañaste la arrojada mano?

EGISTO.

¡O reyna ilustre! perdonad:: si::: temo:: La turbacion::: vuestro respeto embargan mis trémulas palabras.

á Euricles.

A su vista sobresaltada, enternecida mi alma:::

MEROPE.

¿A quién mataste dí?

EGISTO.

A un audaz joven, cuyo furor y malhadada suerte á morir conduxeron.

MEROPE.

¡Joven era! ¡Ay de mi triste! yo fallezco. ¿Y dime? ¿le conocias?

EGISTO.

No señora; nuevos son estos campos para mí, y los muros y moradores de Mesena, y todo.

MEROPE.

Y qué, ¿aquel joven ignorado estaba dispuesto contra tí? ¿tú solo hiciste una justa defensa?

EGISTO.

Lo atestiguo con el gran Dios que mi inocencia sabe.

En las florestas que el Paniso baña,
dentro de un templo en que la humilde gente
á Hércules vuestro abuelo culto rinde,
me postré á orar, por vuestro bien rogando
al alto Dios que los delitos venga.
Nací en pobreza, y ni ofrecer podia
víctimas ni presentes; solamente
votos sencillos ofrecia y puros
con limpio humilde corazon, ofrenda
de desdichados. Parecia empero
que el grave Dios, de mi oracion
movido,
un nuevo ser y pensamientos nobles
y sublimados infundia en mi alma.
En esto, dos desconocidos llegan,
y me acometen de improviso armados:
mancebo el uno, encanecido el otro:
¡*Quáles designios son los tuyos*? dicen:
¡*qué votos haces en favor ahora*
de la prole de Alcides? A este tiempo
cada uno alzó un puñal: el cielo justo
me socorrió en tan hazaroso lance.
Del mas lozano castigué el arrojo:
caido á mis golpes exhaló la vida:
cobarde huyó como asesino el otro.
Yo, no lo niego, de mi suerte incierto,
sin conocer á quien quité la vida,
y con temor de recibir la pena

de un homicidio involuntario, al rio
presto arrojé el ensangrentado cuerpo.
Ya me escapaba, mas caí bien pronto
en poder de los vuestros. A Merope
nombraron ellos, y rendí las armas.

EURICLES.

¿Qué, mi señora, vuestros tiernos ojos
lágrimas vierten sin saber la causa?

MEROPE.

¿Quieres ¡ay triste! que la diga? En tanto
que hablando estuvo enternecía mi alma
su voz, amigo, y se turbó mi pecho.
Cresfonte::: ¡ay cielos!::: yo creí::: El sonrojo
me tiene avergonzada::: Me parece,
sí, que descubro en las facciones suyas
algo á Cresfonte parecido. Crueles
terribles semejanzas, ¿á qué ahora
en este dulce y lisongero engaño
mi pesar redoblais? ¡memoria infausta!
¡quán vanamente seducirme intentas!

EURICES.

Una sospecha despreciad muy débil
que le acusa, señora: nada tiene
ni de grosero ni impostor.

MEROPE.

Los dioses

han el candor en su semblante impreso.
Oye: ¿donde nacistes?

EGISTO.

En Elide.

MEROPE.

¡Cielos! ¿qué escucho? ¿tú en Elide? Puede:::
¿tú conoces á Narbas? ::: dí::: responde::
¿no oiste nunca ni aun nombrar á Egisto?
¿quál era, dí, tu condicion y estado?
¿quién es tu padre?

EGISTO.

Un respetable viejo
á quien la edad y la pobreza agovian.
Policleto le llaman; mas esotros
Narbas y Egisto que nombrais, ó reyna,
no los conozco.

MEROPE.

Soberanos dioses,
¿os complaceis en mi penar? habia
ya concebido de esperanza un rayo,
y la vuelvo á perder. ¿Y tu familia
qué distinciones en la Grecia goza?

EGISTO.

Si las virtudes la nobleza engendran,
mis buenos padres Policleto y Sirris
no merecieran el desprecio vuestro.
Aunque fortuna los humilla, vencen
su adversa suerte con constancia heróica,

y envidian todos su indigencia honrada.
Mi padre justo baxo techo humilde
el bien exerce, la ley cumple, y teme
solo á los dioses.

MEROPE.

De atractivos nuevos
cada palabra que pronuncia es llena.
¿Pues por qué le dexaste? ¿á qué afligirle?
que es gran pesar la privacion de un hijo.

EGISTO.

Vano deseo de adquirirme fama
mi espíritu inflamó: frecuentemente
oía hablar de la intestina guerra
que á Mesena asolaba; de los males
que atormentaban á su reyna ilustre,
cuyas virtudes pregonaba el mundo.
La narracion de estos sucesos tristes
estimulaba mi aficion secreta
al exercicio de las armas grave.
Me desplacia la molicie torpe
que en la Elide reynaba, y ya queria
servir, señora, en las banderas vuestras,
y ofreceros mi brazo. Este designio
de mi hogar me arrancó. No sé qué idea
de falsa gloria deslumbró mi pecho,
que fue bastante á que imprudente, ingrato,
abandonase á mis ancianos padres,
y les negase el eficaz apoyo

que en mi edad encontráran. Esta culpa
fué la primera en que incurrí, y la misma
que entristeció y acibaró mis años.
Ya inexôrable me castiga el cielo,
que redes me arma y delincuente me hace
á vuestros ojos parecer ahora.—

MEROPE.

Ah, no lo es, no: su ingenuidad yo creo:
no es tan sencilla la ficcion. Prestemos
á este infeliz una bondosa mano.
El cielo me le trae: basta que sea
mozo tambien y desgraciado. Mi hijo
tal vez rigores tan pesados siente.
A Egisto me retrata: la edad misma
tiene mi Egisto, y puede ser que errante
como éste vaya de una parte á otra
desconocido, despreciado, huyendo
con el baldon que á la pobreza sigue:
que los oprobios el valor enervan
y el espíritu abaten. ¡Ay, que suerte
tan desastrada para el que ha nacido
de nuestros dioses sucesor! si al menos::

ESCENA TERCERA.

Dichas y ISMENIA *que viene acelerada.*

¡Ay, mi señora! ¿no escuchais la grita?
¿No tabeis aún:::

MEROPE.

¿Qué turbacion es esa?

ISMENIA.

Polifonte se alzó: la plebe indocil
y novelera á su ambicion el voto
ha prodigado: rey es ya.

EGISTO.

Creía
yo que en sosiego el esplendor gozaba
de su linage esta excelente:
mas nadie exênto de reveses vive;
y quanta mas elevacion, los golpes
son mas funestos: miserable, oscuro
y abandonado, me contemplo ahora
menos digno de lástima. *Le llevan.*

EURICLES.

Os lo dixe:
vos despreciasteis su poder y ofertas.

MEROPE.

Veo mi horrible situacion: entiendo

que por mi mal desconcí á los dioses
y á los mortales: esperé justicia,
y todos me la niegan.

EURICLES.

A lo menos
permitid que en tal riesgo á juntar vaya
nuestros pocos parciales: tal vez pueden
aún libertaros, y con noble brio
á cubierto poner vuestra persona
de los insultos de un magnate osado,
de los desprecios de un ingrato pueblo.

ESCENA QUARTA.

MEROPE. ISMENIA.

ISMENIA.

No, no es ingrato, no señora: os ama,
y aún los honores como á reyna os dexan.
Solo se intenta á Polifonte uniros,
para que así la posesion disfrute
de la suprema dignidad que os toca.

MEROPE.

¿Atrevimiento de entregarme tienen
á ese tirano que me ultraja? Al hijo
traycion hicieron, y á la madre ahora
á servidumbre condenar pretenden.

ISMENIA.

El pueblo os llama al eminente asiento
de vuestros padres: aceptad, señora,
esta eleccion, pues la dispone el cielo.

MEROPE.

¿Quieres, cruel, que envilecida vuelva
al fausto antiguo con infames hechos?

ESCENA QUINTA.

Dichos y EURICLES.

EURICLES.

Vuelvo, señora, en afliccion sumido:
al mas terrible y rigoroso golpe
que daros pueden preparad, señora,
el corazon magnánimo: esta ofensa
que es la prostrera, es la que armaros debe
de entereza y valor.

MEROPE.

Ya no le tengo.
Le acabaron mis males; mas no importa:
habla.

EURICLES.

Ya el hecho es consumado::: Egisto:::
á decirlo no acierto:::

MEROPE.

¡Qué! ¡mi hijo!

EURICLES.

Murió en verdad: esta funesta nueva
ha consternado á los parciales vuestros,
y en desaliento caen.

MEROPE.

¡Mi hijo ha muerto!

ISMENIA.

¡Sacras deydades!

EURICLES.

Homicidas viles
siembran la muerte por do quier: el crimen
á su colmo llegó.

MEROPE.

¡Ay! ¡y aún hay dias,
y aún luce el sol para alumbrarme, y vivo!
¡y él ya no exîste!::: ¿Quál impía mano
sus costados abrió? ¿Qué horrible monstruo
ha derramado de mi sangre el resto?

EURICLES.

Ese extrangero, el seductor impío,
cuya virtud os admiró culpada;
el que en secreto os arrancaba llanto,
y á quien vos protegeis.

MEROPE.

¡El asesino
es ese monstruo!

EURICLES.

Sí señora: pruebas
hay que confirman su maldad: se acaban
de descubrir y aprisionar ahora
dos de sus cómplices, que aquí escondidos
entre nosotros en acecho andaban
de Narbas aún, que de su acero huyera.
Quien puso á Egisto la atrevida mano
sus despojos tomó:

Sacan la armadura.

esta armadura
de tanto precio es la que el noble Narbas
sacó de aquí, y la que arrojó el malvado
para no ser por las sangrientas señas
descubierto sin duda.

MEROPE.

¡Ay de mí, triste!
¿qué es lo que dices? ¡Estas manos, estas
trémulas manos á Cresfonte un dia,
quando partió de mis amantes brazos
la vez primera que salió al combate
esa armadura acomodáran! ¡Armas!
¡despojos muy queridos! ¡y á qué manos
vinisteis á parar! ¿Y el monstruo se hizo
de esta armadura sacrosanta dueño?

EGISTO.

Egisto la traía.

MEROPE.

¡Y á mis ojos
tinta en su sangre la mostrais! ¿Quién era
aquel anciano que se vió de Alcides
en el sagrado templo?

EURICLES.

Que era Narbas
el malhadado conductor de Egisto
afirma Polifonte.

MEROPE.

¡Espantosa
y funesta verdad! ¡El alevoso
teñido en sangre por cubrir su crimen
las ondas dá por sepultura á mi hijo!
Todo lo entiendo! ¡ay sin igual desgracia!
¡Ay, hijo mio, de infeliz fortuna!

EURICLES.

¿Quereislo todo averiguar de boca
del asesino?

ESCENA SEXTA.

Dichos y EROX *acompañado de Guardias de Polifonte.*

EROX.

Permitid, señora,

que por mi voz mi desdeñado gefe,
cuya bondad desconoceis, os brinde
con su favor en tan funesto trance.
Supo que á Egisto se quitó la vida,
y en las desgracias de la reyna toma
no poca parte.

MEROPE.

Que la toma en ellas
no dificulto: por lo menos, Erox,
de ellas disfruta, pues la suerte le alza
al trono excelso de mi esposo y hijo.

EROX.

El muy rendido á vuestras plantas pone
solio y corona: agradeced que enmedio
del infortunio que os acosa, humano
de un hijo muerto la sangrienta herencia
con vos divida liberal: empero
es necesario el matador cederle:
que toca al rey la punicion del crimen,
y la justicia en que se afirma el trono
confiada le está; exercerla quiere
para con vos y con el pueblo suyo.
La sangre vil de los malvados debe
ser, gran señora, el sacrificio justo
que en vuestras bodas ensangriente el ara.

MEROPE.

No, que yo quiero por mi propia mano
dar el golpe mortal: si es Polifonte

rey, quiero yo que su potencia dexe
á mi cuidado la venganza mia.
Reyne, posea mi fortuna y lustre,
pero á este precio: que en mi aciaga suerte
yo me contento con vengar mi sangre.
Id, y decidle que se apreste el triunfo,
que yo esta mano esconderé en el pecho
del asesino, y desde allí á las aras
humeando irá de nuestros altos dioses.

EROX.

El rey sensible á los pesares vuestros
quanto querais concederá sin duda.

ESCENA SEPTIMA.

MEROPE. EURICLES. ISMENIA.

MEROPE.

No lo creais, este himeneo odioso
que temo ya no llegará á efectuarse.
Del homicida en el profundo seno
mi brazo esconderé, y luego en el mio.

EURICLES.

Considerad que los supremos dioses....

MEROPE.

Sin cesar me persiguen. ¡Qué! ¿Insensata,
siendo el objeto de su encono, iría

á sus altares en demanda infame
de un nuevo esposo quando me han
privado
del tierno amor que idolatraba mi alma,
del hijo mio, de la dulce prenda
de mi cariño y mis entrañas? ¿Fuera
á deponer en tan mezquinas manos
el cetro augusto de mi régia estirpe,
y á reunir en aparato iniquo
fúdebres teas con nupciales pompas?
¿Y viviré, y mis indignados ojos
verán la luz para mi hijo muerta?
¿Esperaré que una vejez cansada
llena de llanto y de pesar me acabe,
sufriendo á un hombre que aborrezco
tanto?
Morir, morir es mi postrer consuelo.
....
.....
.....

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

NARBAS.

¡O pesadumbre! ¡ó senectud cansada!
No fuí bastante á contener el brio,
la intrepidez del esforzado mozo,
cuyo heroismo con violencia estaba
oscurecido en estrechez penosa.
Ya le perdí; puede que ya no exîsta.
¿Con qué semblante llegaré á ponerme
ante la madre de mi rey? ¿Qué males
aquí se agolpan sobre mí? Me vuelvo
sin traer á Egisto, y Polifonte reyna;
ese hombre iniquo, afortunado y diestro,
y fecundo en engaños: que asesino
víctimas mil sacrificó á su antojo:
y que do quier nos persiguiendo esparce
muerte y delitos de los dos en torno.

Y él sobre el trono que profana impera,
y en paz un bien que le condena goza.
¡Dioses! mi vuelta le ocultad: á Egisto
de sus tiranos le esconded: guiadme
ácia su madre, y que á sus pies yo muera.
Veo y conozco esta mansion de luto,
donde mataran al mejor monarca,
y donde su hijo ensangrentado fuera
salvado en estos brazos. ¡O recuerdos!
Al cabo ¡Dioses! de sufrir quince años
de expatriacion y de miserias, torno
llanto á causar á su afligida madre:::
¿A quién me franquearé? Buscando vengo
algun amigo que me lleve á verla,
y á nadie advierte mi cansada vista:
solo una tumba se divisa, y gentes
en derredor como asombradas. ¡Cielos!
¡quál se lamentan! El fatal destino
eternamente este palacio habita.

ESCENA SEGUNDA.

NARBAS, ISMENIA, y acompañamiento de la reyna en el fondo del teatro, donde se descubre el sepulcro de Cresfonte.

ISMENIA.

¿Quién será este hombre que indiscreto
ha osado
en las estancias de la reyna entrarse
para turbarla en su quietud funesta?
Tal vez ministro del tirano odioso
vendrá á acechar nuestros dolientes llantos.

NARBAS.

O vos, quien quiera que seais, la audacia
disimulad de un infeliz que implora
un pequeño favor: puede á Merope
ser muy del caso: deseaba verla.

ISMENIA.

¡Ah! que mal hora de inquietarla es esta.
Duélaos el mal de una afligida madre:
Id, extrangero, por mi vida; idos:
No la querais incomodar.

NARBAS.

En nombre
de las deydades justicieras ruego

que esta merced á mis cansados dias
y á mi llanto otorgueis. No soy, señora,
yo aquí extrangero, y aun podré afirmaros
que si á la reyna vos servis con celo,
tambien yo fuí de su partido siempre,
y en su infortunio me tocó gran parte.
¿Qué tumba es esa en este sitio alzada,
que ví regar con vuestro amargo llanto?

ISMENIA.

La de un monarca de los altos dioses
desamparado, la de un rey, y un héroe,
y un buen esposo y desgraciado padre:
la de Cresfonte.

NARBAS *acercándose á la tumba.*

¡O mi señor! ¡ó sacras
venerables reliquias!

ISMENIA.

Aun merece
mas compasion su desolada esposa.

NARBAS.

¿Pues qué suceso hasta el extremo acerba
sus males inauditos?

ISMENIA.

El mas crudo.
A su hijo amable de matar acaban.

NARBAS.

¡A su hijo! ¡ay Dios! ¡al desgraciado
Egisto!

ISMENIA.

Ya nadie ignora el doloroso lance.

NARBAS.

¡Su hijo no exîste!

ISMENIA.

Un asesino aleve
le abrió á las puertas de Mesena el pecho.

NARBAS.

¡O bárbara crueldad! ¡ó mano impía!
¡muerte fatal que mi temor predixo!
¿Y estais segura de la accion? ¿lo sabe
Merope ya?

ISMENIA.

Señales evidentes
nos lo confirman: no hay dudarlo: es cierto.

NARBAS.

¡Ay, y que fruto de cuidados tantos!

ISMENIA.

Merope vá desesperada y ciega
á morir de esta vez: cedió su esfuerzo,
que hasta hoy triunfára por amor de Egisto;
y ya no la es de estimacion la vida
perdido el bien por quien la amaba solo.
Pero antes quiere de morir vengarse:
del asesino verterá su mano
la sangre aleve en el sepulcro frio
del rey Cresfonte, donde vá á inmolarle.
El rey, que quiere mitigar su pena,

se lo permite: un mensagero suyo
debe traer el matador cobarde
que ha de servir en sacrificio á Egisto
pronto á este sitio, do saldrá Merope,
que en tanto envuelta en un dolor
profundo
quiere alejar de su presencia á todos.

NARBAS *retirándose.*

¿Para qué efecto descubrirme, cielos,
si esto es así? Ya á mi vejez no queda
sino morir de este sepulcro al borde.

ESCENA TERCERA.

ISMENIA *sola.*

Este sin duda es un honrado anciano,
y fiel, pues llora, y ostentar no teme
su celo justo por la causa buena.
Llora, y el resto en humildad yaciendo,
y en servidumbre vergonzosa, vuelven
lejos de aquí la envilecida vista
por complacer á la opresora mano
que tiraniza su indolente miedo.
Tanto interes que en nuestra causa toma
no es solo efecto de piedad sencilla
é indiferente: un paternal cariño
ácia Egisto descubre.... Mas ¿qué escena...

ESCENA QUARTA.

MEROPE, ISMENIA, EURICLES, EGISTO encadenado, guardias y sacrificadores.

MEROPE *cerca del sepulcro.*

La horrible víctima traed: busquemos
nuevos tormentos que á su crimen basten:
nunca serán á mi dolor iguales.

EGISTO.

¡O quán costoso me salió aquel breve
y ligero favor! ¡valedme, dioses!

EURICLES.

Quiénes tuvieron en su crimen parte
diga antes de morir.

MEROPE *acercándose.*

Sí, que conviene.
¿Quién te conduxo, abominable monstruo,
á tanto crimen, á crueldad tan grande?
¿Dime, qué te hice yo?

EGISTO.

Los altos dioses,
que el perjurio castigan, son testigos
de que mi boca la mentira ignora.
Verdad desnuda os confesé, y creía
ya desarmado vuestro duro enojo
quando alargásteis la bondosa mano

para ampararme: ¿pues por qué tan presto
la justicia olvidais? ¿qué sangre es esa
tan apreciada que mi error vertiera?
¿qué interés nuevo en su favor os habla?

MEROPE.

¿Qué interés, bárbaro?

EGISTO.

En su rostro ¡ay cielos!
veo la imagen de la muerte impresa.
¡Quál me enternece! de mi sangre á costa
redimiría su doliente estado.

MEROPE.

¡El cruel, qué diestro en la ficcion: la vida
me arranca, y finge de mi mal dolerse!

Se reclina en los brazos de ISMENIA.

Vengaros ya: satisfaced de un golpe
leyes, virtud, naturaleza, y sangre.

EGISTO.

¡Esta justicia en los palacios reyna!
fácil me acogen, me acarician fácil,
y muy mas fácil á morir me aprestan.
¿Quién me sacó de los umbrosos bosques?
¿Quánto dolor, ó venerable anciano,
padecerás? desventurada madre,
cuyo cariño, cuyo amor predixo....

MEROPE.

¡Bárbaro! aun tienes madre; fuera madre

tambien yo aún si tu crueldad no fuera.
Tú mi hijo me quitaste.

EGISTO.

Si es mi crimen
ese, señora; si maté á vuestro hijo,
culpable soy; mi corazon empero
es inocente, criminal mi mano.
¡Quán desdichado soy! El cielo sabe
que estaba pronto á derramar hoy mismo
mi sangre por vos y él.

MEROPE.

¡Traydor! ¿entónces
quando robaste esa armadura?

EGISTO.

Es mia.

MEROPE.

¿Cómo?... ¿qué es lo que dices?....

EGISTO.

Os lo juro
por quanto amais, que esas hermosas
prendas.
puso en mis manos mi querido padre.

MEROPE.

¿Quién? ¿tu padre? ¿en Elide? quan
confusa....
¿su nombre? dí... responde.

EGISTO.

Policleto:

antes lo dixe ya.

MEROPE.

Tú me destrozas
el corazon: ¿por qué piedad funesta
mi indignacion y mi furor suspendo?
No hay ya esperar: á mi rabiante enojo
prestad esfuerzo: que arrastrado llegue
ese malvado á la sagrada tumba.

Alzando el cuchillo.

Manes de mi hijo: mis sangrientas manos...

NARBAS *llega precipitado.*

¿Qué vaís á hacer, señora?

MEROPE.

¿Quién me llama?

NARBAS.

Deteneos: ¡ay cielos! es perdido
si le conocen, ó á su madre nombro.

MEROPE.

Traydor, perece.

NARBAS.

Suspended.

EGISTO *mirando á Narbas.*

¡O padre!

MEROPE.

¿Su padre?

EGISTO.

¡Áy triste! ¿vuestros pasos dónde
os conducen, señor? ¿A ser testigo

de mi muerte venís?

NARBAS.

Señora, el crimen
no permitais que á consumarse llegue.
Oid, Euricles, escuchad; que aparten
la víctima y hablemos.

EURICLES se lleva á EGISTO, y cierra la puerta.

¡Cielo santo!

MEROPE.

Me haceis temblar: quando á vengar
mi hijo:::

NARBAS *de rodillas.*

A inmolarlo direis: Egisto....

MEROPE.

Acaba....
Egisto! qué!....

NARRAS.

Desventurada reyna,
es el que vos sacrificar queríais.

MEROPE.

¡Viviera por ventura!

MARBAS.

Si, señora,
él es.

MEROPE *desfallecida.*

Yo muero.

ISMENIA.

¡Soberanos dioses!

NARBAS *á Ismenia.*

Reanimadla: que el extremo gozo
y la sorpresa en su ternura puede
ser peligrosa.

MEROPE *volviendo en sí.*

¡Mi querido Narbas!
¿Eres tú, amigo? ¿es ilusion? ¡que vives!
¿pues cómo tú?... ¿conque mi hijo es ese?
Traédmele aquí: que en el momento venga.

NARBAS.

Temed aún: disimulad el gozo.
á Ismenia.
Cuenta, señora, con silencio eterno
en este asunto, en el que va librada
de ambos la suerte, y la del reyno
y nuestra.

MEROPE.

¡Ay, qué otro riesgo mi contento turba!
¡Dulce bien mio, mi querido Egisto!
¿quién de tu vista mi cariño aparta?
¿he de lograrte para mas tormento?

NARBAS.

Si ya estuvísteis de matarle á punto
sin conocerle; conocido ahora,
y descubierta su venida, cierto
le perdereis. Aunque la sangre clame,

ceded, fingid, disimulad: el crimen
manda: os persigue con furor: temedle.

ESCENA QUINTA.

Dichos y EURICLES.

EURICLES.

El rey, señora, asegurarle ordena.....

MEROPE.

¿A quién?

EURICLES.

Al joven condenado á muerte.

MEROPE.

Y bien, amigo, ese extrangero es mi hijo,
es sangre mia, y la sangrienta espada
va á descargarse en su inocente cuello.
Corramos todos....!

NARBAS.

Esperad.

MEROPE.

Es mi hijo
á quien conducen; ¿y por qué? ¿qué acaso
tan exêcrable y repentino es ese?
¿por qué quitarme á Egisto?

EURICLES.

Polifonte
dice, señora, que explorarle intenta

antes que os vengueis vos.

MEROPE.

¡Él preguntarle!
¿él? ¿sabe acaso quien su madre sea?

EURICLES.

Nadie aún sospecha ese misterio.

MEROPE.

Vamos
á Polifonte á demandar su auxîlio.

NARBAS.

Solo á los dioses implorad, señora,
y á él temedle.

EURICLES.

Si de estorbo sirven
al rey de ese hijo los derechos claros,
de su salud vuestro himeneo es prenda.
Dispuesto á unirse con enlace eterno
á vos, vuestro hijo en los altares suyo
será tambien; y receloso es fuerza
que sirva á Egisto hasta lograr su intento
de ser, señora, vuestro esposo.

NARBAS.

¡Dioses!
¡él vuestro esposo!

MEROPE.

Dilaciones tantas
no se acomodan con mi afan: yo marcho:::

NARBAS.

No marchareis, desventurada madre,
ni efectuareis tan exêcrable boda.

EURICLES.

Forzoso es, Narbas, que le dé la mano.
Él á Cresfonte vengará.

NARBAS.

Él ha sido
su asesino.

MEROPE.

¡El traydor! ¡el vil aborto!

NARBAS.

Él mismo, sí: su sanguinaria mano
padre y hermanos degolló de Egisto:
le ví sobre mi rey: víle dar golpes
y ensangrentarse en el esposo vuestro.

MEROPE.

¡Cielos qué dices!

NARBAS.

Y le ví cercado
de víctimas, y crimen sobre crimen
acumulando contra vos: á fuerza
de otros mayores ocultó el primero.
Él mismo aquí los enemigos traxo,
y el fuego atroz; y entre la atroz matanza,
llamas, trayciones, sobresaltos, robos
y delitos sin fin, vagaba diestro,

calor metiendo en los discordes bandos,
y confusion; y á su favor impune
de vuestros hijos se bañó en la sangre.
Luego, ostentando simulado triunfo,
y en fuga urdida sus parciales puestos,
el vengador se apellidó en Mesena,
siendo asesinó de su rey: estábais
vos entre moribundos y enemigos,
y yo rompiendo por la inmensa turba
me abalancé, y sobre mis flacos hombros
saqué á vuestro hijo de la cruel refriega.
Los justos dioses su inocencia escudan:
diez y seis años de un albergue en otro
le he conducido, y el supuesto nombre
de Policleto oscureció mis pasos.
Y quando vuelvo, y de los golpes vuestros
le libro, encuentro á Polifonte alzado
por señor suyo, y acercado el punto
de hacerse vuestro esposo.

MEROPE.

¡Ay, quán pasmada
tu narracion me dexa!

EURICLES.

Hácia aquí viene....
Polifonte es.

MEROPE.

¡Gran Dios! ¿será posible?....

á Narbas.

Anda: ante todo á su furor te esconde.

NARBAS.

Si á Egisto amais, disimulad, señora.

EURICLES.

Este secreto en nuestros pechos se ahogue;
que le perdiera una palabra sola.

MEROPE *á Euricles.*

¡Ay, corre, amigo, y esa dulce prenda
no apartes de tu vista!

EURICLES.

Estad segura.

MEROPE.

Confio en tu prudencia. Es hijo mio
y tu rey.... Pero ¡ay Dios! el monstruo
llega.

ESCENA SEXTA.

MEROPE, POLIFONTE, EROX, ISMENIA y acompañamiento.

POLIFONTE.

El trono os llama, y el altar dispuesto
para efectuar nuestras solemnes bodas,
uniendo afectos é interes de entrambos,
espera ya. Yo por mi parte debo,
como marido y como rey, la muerte

vengar de Egisto, y defender la madre.
Ya dos culpados por mi órden presos
su sangre ván á derramar ahora
por la del hijo vuestro. Sin embargo
estoy absorto de tibieza tanta
como he notado en la venganza vuestra,
hasta fustrar las diligencias mas.
El reo os dí por que dixísteis fiera
que vos debíais destrozar su pecho.

MEROPE.

Pluguiese á Dios que aqueste brazo fuera
del crímen vengador.

POLIFONTE.

Deber es ese
de los monarcas, y cuidado mio.

MEROPE.

¿Vuestro?

POLIFONTE.

¿Por qué lo dilatasteis? ¿Fuera
ya resfriado vuestro amor á Egisto?

MEROPE.

En los suplicios sus contrarios mueran.
Pero, señor, si este homicida acaso
cómplices tiene, y inquirirse pueden:
si se descubre al que mató á mi esposo.....
la mano impía que á mis dulces prendas
sacrificó, y que sin cesar persigue
á mi hijo y su madre: si se puede.....

POLIFONTE.

He ahí lo que quiero averiguar yo mismo, y á cuyo fin aseguré al culpado.

MEROPE.

¿Le asegurásteis?

POLIFONTE.

Sí, señora; y pienso con él hablando este misterio oscuro pronto aclarar.

MEROPE *aparte.*

¡Ah bárbaro! á mí sola debe entregarse:

á Polifonte.

dadme pues.... Vos mismo me lo habeis prometido.

aparte.

¡Hijo de mi alma! ¡que suerte, hay Dios, se te prepara!

á Polifonte.

Habedle piedad, señor.

POLIFONTE.

¿Qué sobresalso es ese qué os enagena? Él morirá.

MEROPE *arrebatada.*

¿Él?

POLIFONTE.

Su muerte

os podrá consolar.

MEROPE.

¿Ay! pues yo quiero
verle y hablarle en el instante mismo.

POLIFONTE.

Esos combates de ternura y odio;
esa interior agitacion que indica
vuestro semblante, y la razon os turba;
esos discursos que empezais apenas
é interrumpís; esa inquietud de rostro,
mi vigilancia despertar pudieran.
Mas ¿puedo hablaros con menor recato?
Nuevos disgustos, pesadumbres graves
al parecer os amenazan nuevas.
¿Qué ha dicho, qué, el recienvenido
anciano?
¿Por qué de mí se esconde? ¿qué yo debo
de ahí inferir? ¿Quién es?

MEROPE.

¿Qué? ¿aún no subido
estais, señor, sobre el ansiado trono,
y ya el temor y la sospecha os cercan?

POLIFONTE.

Plácida el trono dividid conmigo,
y así contento y de mi bien seguro,
no habrá sospechas que mi pecho inquieten.
Mas ya á Merope y Polifonte aguarda
el altar preparado.

MEROPE *llorando.*

Os concedieron
los altos dioses de Cresfonte el trono.
Solo ¡ó desdichas! su muger faltaba
para colmar el espantoso crimen.

ISMENIA.

¿Y qué señora....?

MEROPE.

Perdonad os ruego.
¡Ah! señor... perdonad... ved una madre
atribulada.... me robó ya el cielo
quanto tenía.... confundióme ayrado....
disimulad.... el asesino dadme
de mi hijo.

POLIFONTE.

Presto la postrera gota
yo mismo haré que de sus venas brote.
Vamos, señora.

MEROPE

¡Soberanos dioses!
en tal dolor en sentimiento tanto
dad á una madre vuestro auxîlio
y fuerzas.

ACTO QUARTO.

ESCENA PRIMERA.

POLIFONTE. EROX.

POLIFONTE.

Al ver, amigo, su rabiante enojo
creyera yo que de su esposo al cabo
conoció al asesino: pensaría
que hasta el abismo penetró su vista
donde mi crimen se ocultaba impune.
Su estremecido corazon repele
mi tibio obsequio; empero yo no busco
su corazon, sino la mano suya.
Eso la plebe embrutecida exîge,
y es fuerza, pues, satisfacerla en eso
para mejor domarla. Aqueste enlace
á madre y hijo á mi poder sujeta,
y yo no adquiero en el sagrado ñudo
sino una esclava á mis designios útil.
Que por su parte en su impotente odio
ella prosiga quando al carro atada
de mi fortuna esté, poco me importa.
Pero ¿has hablado al homicida? Dime

¿qué piensas de él?

EROX.

Nada á turbarle alcanza:
corto en hablar; pero inmutable, firme,
ni la muerte intimida su entereza.
Yo me admiré, señor, y no creía
ánimo tanto en condicion tan baxa.
Os aseguro que me causa asombro.

POLIFONTE.

¿Pero quién es al cabo?

EROX.

Solo afirmo
que no es de aquellos que teneis dispuestos
para en secreto executar las cosas
que se encaminan á las miras vuestras.

POLIFONTE.

¿Puedes hablar con certidumbre tanta?
Su conductor murió: muy justamente
desconfiado me cuidé ante todo
de aniquilar en su temible sangre
de este secreto hasta el menor vestigio.
Si no, tal vez él descubierto hubiera.....
Pero este incógnito mancebo, amigo,
mi ánimo inquieta y entristece. Dime
¿tú me aseguras que de Egisto puedo
libre ya estar? ¿mi lisongera suerte,
siempre propicia, me saldrá al encuentro
hasta en el lance que mis dichas colma?

EROX.

Merope envuelta en dolorido llanto
prueba bien claro la fortuna vuestra;
y quanto veo que en verdad lo firma.
Mejor la suerte que el cuidado lo hizo.

POLIFONTE.

Es muy comun aventajar la suerte
á la prudencia; mas contrarios tengo,
tengo experiencia demasiada, amigo,
para dexar que un fementido acaso
árbitro sea de la suerte mia.
Qien quier que sea ese extrangero, importa
su muerte apresurar, y que ella sea
precio mejor del himeneo augusto
que me dá el trono: si lo logro, es justa.
Baxo mi mando la nacion guiada,
muerto y vengado juzgará á su dueño.
Mas, dí: ¿quién es ese imprudente anciano
que con misterio mi presencia evita?
¿Iba Merope á derramar la sangre
del asesino; y ese viejo, dices,
detuvo el golpe? ¿que quería?

EROX.

Hundido
en su miseria del mancebo extraño
el viejo es padre; y á implorar venia
perdon por su hijo.

POLIFONTE.

¿Su perdon? que llegue
á mi presencia: aqueste anciano, créelo,
me vende, amigo, pues de mí se esconde.
Este secreto, que me dá cuidado,
preciso es indagar; y sobre todo
el homicida mi sospecha excita.
¿Por qué capricho ó qual razon la reyna,
que su suplicio aceleraba tanto,
no se atrevió á finalizar la obra?
¿qué piedad nueva mitigó su furia?
Aun se me antoja que advertí en su rostro
cierto placer entre el dolor mezclado.

EROX.

¿Qué su piedad ni su alegría os vale?

POLIFONTE.

Todo me vale: desconfió en todo.
Pero ella viene: al extrangero traygan.

ESCENA SEGUNDA.

Dichos, EURICLES, MEROPE, ISMENIA, EGISTO *y Guardias.*

MEROPE.

Cumplid la oferta, y me vengad: que dexen
á mi arbitrio la víctima.

POLIFONTE.

Miradla;
vuestro interes mi proceder dirige.
Vengaos, bañaos en delincuente sangre,
y así al altar os llevaré.

MEROPE.

¡Qué escucho!

EGISTO *á Polifonte.*

Tú al himeneo de la ilustre reyna
mi sangre vendes: moriré gustoso;
que vale poco mi vivir: empero
soy inocente, y infeliz y extraño.
El cielo rey para ampararme te hizo.
Herí en justicia á un agresor injusto.
Que verme muerto esta señora quiera,
yo la disculpo: es madre al fin; sus golpes
bendeciré sobre mi cuello alzados.
Tu tiranía solamente acuso....

POLIFONTE.

¿Osas, menguado, en tu insolente rabia....?

MEROPE.

Dexad, señor, disimulad los fuegos
de su edad juvenil: lexos criado
de la ciudad, el tratamiento ignora
debido á los monarcas.

POLIFONTE.

¡Qué es aquesto!
¡Qué decís vos! ¡Yo me sorprendo! Como!

¿Vos le justificais?

MEROPE.

¿Yo?

POLIFONTE.

Sí, vos misma
de quien sois olvidada. ¿Ese mancebo
no es el traydor que asesinó á vuestro hijo?

MEROPE.

De tantos reyes deplorable resto
mi hijo abismado en peligrosos lances
á los golpes de un bárbaro.....

ISMENIA.

¡Ay, Dios mio!
¿qué haceis, señora?

POLIFONTE.

¿Cómo así ácia el mozo
sin indignaros inclinais la vista?
¿por qué al verle temblais? ¿qué os
enternece?
¿por qué á ocultarme os esforzais el llanto
que vuestros ojos sin querer anegan?

MEROPE.

Yo no le oculto, voluntario corre:
justa es la causa, y la sabeis.

POLIFONTE.

Ya es tiempo,
para quitarla, de que muera. ¡Ola!
á los soldados.

Sacrifíquenle pues.

MEROPE.

¡Cruel! ¿qué dices?

EGISTO.

¡Quánta piedad mi rendimiento os debe!

POLIFONTE.

Que muera.

MEROPE

Él es.

POLIFONTE.

Herid.

MEROPE *poniéndose entre Egisto y los soldados.*

Infame, es mi hijo.

EGISTO.

¡Yo vuestro hijo!

MEROPE *abrazándole.*

Sí, hijo mio: tú eres mitad de mi alma: y el sagrado cielo que lo presencia, y te formó en un vientre funesto hasta no mas ¡ó pesadumbres! te vuelve á mí para perdernos ambos.

EGISTO.

¡Qué portento, gran Dios, que no comprendo.....

POLIFONTE.

Por vida mia la ficcion me asombra. ¡Su madre vos! ¿La que un momento no hace

su muerte demandaba?

EGISTO.

Si perezco
siendo hijo suyo mi ventura alabo.

MEROPE.

Su madre ¡ay! soy: me hizo traycion mi afecto:
desdichada de mí. Sí, ya en tus manos
tienes mi vida: encadenado el hijo
de nuestros dioses ante tí se postra.
Tu rey, tu gefe, el que heredó á Cresfonte:
puedes si quieres me decir que miento,
que dado no es á los tiranos torpes
sentir de amor el poderoso influxo.
Tu corazon alimentado en sangre
es incapaz de enternecerse. Mi hijo,
sí, yo lo afirmo, es el que estás mirando,
que se libró de la matanza horrenda.

POLIFONTE.

¿Qué es lo que vos decís, y con qué apoyo?

EGISTO.

Sí: yo su hijo ser creo: me lo indican
su llanto así, los sentimientos mios:
mi corazon, en anhelar sublime
de gloria henchido; mi indignado brazo,
que tus excesos castigado hubiera,
á no mitarse inerme.

POLIFONTE.

Antes tu furia

castigada será. Ya es mucho.....

Va á herirle, y MEROPE *se interpone arrodillada.*

MEROPE.

Empiece
vuestro furor por me arrancar la vida.
Apiadaos de mi llanto. ¿Qué ya os falta?
A vuestras plantas se humilló Merope,
y las abraza, y vuestro enojo teme.
Por esta vil humillacion si madre
seré juzgad, y los tormentos mios.
En detestable error esta mañana
iba á romper el corazon de mi hijo.
Lloro ante vos involuntario crimen.
Vos, que queríais el lugar de padre
suyo ocupar ¡ó muy cruel! que habías
de defenderle en infortunio tanto,
¿ya que le veis solicitais su muerte?
Muerto ya el padre por horrendo crimen,
salvad al hijo, y lo demas se olvide:
salvad la sangre de los altos dioses,
sangre preciosa de los reyes vuestros.
Solo, indefenso en vuestras manos yace:
que viva pues; y venturosa entonces
en mis desgracias llenará el vacío
de un tierno esposo y unas dulces prendas.
Ved su alta estirpe á vuestros pies conmigo,

y encadenado á vuestro rey.

EGISTO.

Señora,
alzaos, y haced, la humillacion dexando,
que yo á Cresfonte por mi padre crea,
y á vos por viuda suya y por mi madre.
La dignidad que á mis derechos toca
me es ignorada; pero sé que el cielo
me ha dado orgullo y altivez bastante
para aguantar que por ningun tirano
sea abatida. De mi estado antiguo
la servidumbre resistí, y mi pecho
no se deslumbra en el presente brillo.
Segun se enciende en anhelar de gloria,
nací de reyes, y del seno vuestro.
De Hércules fué el comenzamiento el mismo:
miró la luz; su adversidad ya era:
y por vencerla, como yo, los dioses
á gloria eterna en su bondad le alzaron.
Si á mí su sangre me dexó, su esfuerzo
ella conservará. La herencia mia
es morir digno de tan alta madre:
las súplicas dexad: no se desmienta
nuestro linage esclarecido y santo.

POLIFONTE *á Merope.*

Y bien, señora, sin reserva hablemos.
Yo os acompaño en el dolor: me placen
los brios del mancebo; y á fé mia

que ser merece de progenie régia.
Pero verdad de este tamaño exîge
mas certidumbre para ser creída.
Quede á mi cuenta, pues me fué encargado;
y si vuestro es le adoptaré por mi hijo.

EGISTO.

¿Vos adoptarme?

MEROPE.

¡Ay!

POLIFONTE.

Decidid pronto:
con mi himeneo su morir comprabais:
que á tal extremo la venganza os traxo:
¿Y ha de hacer menos el amor ahora
quando salvarle es menester?

MEROPE.

¡Qué escucho!
¡Qué dices, bárbaro!

POLIFONTE.

Que vá su vida,
señora, en ello; y que vuestra alma tierna
muy compasiva en su favor se muestra
para querer á mis rigores justos
dexarle expuesto por incauto, indocil
rehusamiento.

MEROPE.

Que de sí se sea
árbitro al menos: contemplad....

POLIFONTE.

Si es hijo
vuestro en su apoyo me tendreis; empero
si es un traydor me vengaré de entrambos.
De vos su muerte ó su perdon depende.
Cómplice ó madre os declarad al punto;
pero advertida que de aquí saliendo
solo en presencia de los altos dioses
sereis creida. (1) Custodiadle. (2) Vamos
conmigo vos. (3) Aún compasivo os oygo:
ved si quereis que viva: tantas dudas
de una vez se disipen: descubridme
su nacimiento al recibir mi mano.
Hablad, y ved que una palabra sola,
vuestra respuesta le condena ó salva.
Víctima ú hijo mio: este es el fallo.
Quedaos á Dios.

MEROPE.

No me priveis del dulce
consuelo de mirarle: este contento
dad á mi amor.

POLIFONTE.

Os le daré: vereisle
luego en el templo.

---

(1) *A los soldados.* (2) *á Merope*
(3) *Volviendo.*

EGISTO *al conducirle los soldados.*

¡O muy augusta reyna,
y muy amada! á quien nombrar mi madre
aún no me atrevo; nada hagais que amengüe
de entrambos la grandeza: si vuestro hijo
soy, yo sabré con la constancia firme
digna de un héroe recibir la muerte.

ESCENA TERCERA.

MEROPE *sola.*

Crueles me le llevais: en vano ruego:
¿Volvíle á ver para mejor perderle?
¿Por qué, gran Dios, mi peticion oiste?
¿Por qué cediste á mi importuno llanto,
volviendo al hijo que anhelaba incauta?
¿Le habeis traído de ignorados climas
víctima á ser del criminal verdugo
de su padre y hermanos? ¡Ay! volvedle,
volvedle allá de donde ayer viniera:
viva sin mí, mas del tirano libre.

ESCENA QUARTA.

MEROPE, NARBAS, EURICLES.

MEROPE.

¿Sabes mi horrible situacion?

NARBAS.

La ruina
sé que es segura de mi rey: que Egisto
está en prisiones, y que á mí me acechan.

MEROPE.

Yo lo he perdido.

NARBAS.

¿Vos?

MEROPE.

Lo aclaré todo.
¿Mas cómo, Narbas, una tierna madre
verá en silencio peligrar su hijo?
Hablé: ya no hay remedio; y me precisa
esta flaqueza reparar ahora
á fuerza de delitos.

NARBAS.

¿Qué, señora,
de delitos hablais?

ESCENA QUINTA.

Dichos, ISMENIA.

ISMENIA.

La hora es esta
de que vuestro ánimo se esfuerce: el pueblo,
frívolo siempre y novelero, aguarda
afanoso estas bodas. Polifonte
todo lo apresta, lo dispone todo;
y mas parece que prepara lances
de crudo horror que de placer festivo.
Vendido al oro el sacerdote sumo,
é inspiracion frenética fingiendo,
hizo que el Dios á su medida hablase
por su boca en el templo: ha declarado,
de Dios en nombre y vuestros padres, justo
el triste enlace, asegurando al pueblo
que á Polifonte juramento hicísteis
ante Mesena y los supremos dioses.
La plebe incauta, del peligro agena
que os amenaza, en expresiones gratas
prorrumpió placentera, y se complace
de este himeneo, bendiciendo humilde
la mano cruel que os atraviesa el pecho.

MEROPE.

¿Hasta del público placer asunto

son mis desgracias....?

NARBAS.

¡De salvar al joven costoso medio!

MEROPE.

Es un horrendo crimen: ¡tú tiemblas ya!

NARBAS.

Pero mayor delito es á un hijo perder.

MEROPE.

Pues bien, corramos,
que aliento ya la indignacion me infunde.
Vamos al templo que mi afrenta aguarda,
y allí mi hijo á la nacion mostremos.
Parezca pues ante el altar sublime
á mi diestra sentado: su costodia
serán los dioses, pues su sangre lleva.
Yo pintaré del asesino infame
el cobarde furor; y en rencor y odio
sabré encender los corazones tibios.
Temed, tiranos, de una madre airada
el llanto y gritos. Pero ¡ay dioses! ¡vienen!
Todo ¡ay de mí! me desespera y tiemblo.
Y me llaman, y mi hijo al sacrificio
ya esta dispuesto, y del sepulcro al borde;
y hundirle en él de una mirada sola
puede el tirano....

á los sacrificadores.

Del horrible monstruo
rigorosos ministros: á las aras
víctima docil arrastrais, crueles.
Naturaleza, obligacion, ternura,
y odio y venganza; en estrechura tanta
¿qué á ordenar vais de un corazon que yace
desesperado, de sentido ageno?

ACTO QUINTO.

ESCENA PRIMERA.

EGISTO, NARBAS, EURICLES.

NARBAS.

Aquí encerrados sin destino cierto
el tirano nos tiene: por vos solo
temo, rey mio, y mi señor, y mi hijo:
disimulad que con tan dulce nombre
á llamaros me atreva: del tirano
el furor mitigad: vivid, rey mio:
asegurad una preciosa vida
que en riesgos siempre me costára tanto.

EURICLES.

Solo por vos su indignacion suspende
Merope, y aun las parricidas manos
en tierno llanto humedecer se digna
de un monstruo que aborrece.

EGISTO.

Apenas vuelto
del largo asombro, en ignorado mundo
pienso encontrarme, y con ideas nuevas
nuevo ser tengo, nueva luz me alumbra.

¡Que á mí Merope me dió el ser! ¡mi padre
fuera Cresfonte! ¿Su asesino triunfa,
y impera; y yo, de la progenie santa
de Hércules, sirvo, y la cadena arrastro?

NARBAS.

¡Pluguiese á Dios que el sucesor de Alcides
conmigo aún desconocido fuera
de Elide en los desiertos!

EGISTO.

¿Por ventura
todos los males que al mortal acosan
preciso fué que en mi horfandad probase?
Muerte, ignominia, expatriacion, vagancia
desde la aurora en que nací me siguen.
De selva en selva fugitivo, errante
y perseguido, en escasez y oprobio
crecí; mas nunca en contratiempos tantos
acusé á la fortuna; antes venciendo
mi corazon, que ambicionaba gloria,
me acomodé á mi situacion humilde.
Vuestra pobreza veneré gustoso,
y nunca al cielo demandára un padre
que vos no fuerais; pero diéronme otro
para mas perseguirme. De Cresfonte
soy hijo ¡ay Dios! y le vengar no puedo.
Llego á encontrar una amorosa madre,
y me la arrancan, y un enlace odioso
la une al tirano que aborrece el mundo.

Maldito el dia en que nací; malditos
una y mil veces los socorros vuestros,
que de mi vida por mi mal cuidáran.
¡Ay padre mio! ¿para qué la mano
vos detuvísteis de mi airada madre
quando mi sangre iba á verter ilusa?
¡fueran mis males, si mi muerte fuera!

NARRAS.

¡Ay, sois perdido, que el tirano viene!

ESCENA SEGUNDA.

Dichos, POLIFONTE *y Guardias.*

POLIFONTE.

Apartaos. (1) Y tú, joven sin seso,
cuya humildad de la flaqueza es hija:
tu rey se digna por la vez postrera
dexar cambiar á tu eleccion tu suerte.
Tu nacimiento, tu presente estado,
y el venidero, y tu exîstencia toda,
de mí depende: á la mayor altura
de una palabra levantarte puedo,
y con otra perderte. Alimentado
lexos de aquí, sin experiencia, ignoras
la pulidez y cortesanas artes:

---

(1) *A las guardias, que se retiran un poco.*

dexa á mi cargo te sacar cuidoso
de tan tosca rudeza. Nunca afectes,
que es peligroso en la baxeza tuya,
ese alto orgullo que virtud ser piensas.
Si te mecistes en humilde cuna,
humilde sé, á tu condicion conforme.
Mas si de reyes por acaso vienes,
sirve á mi lado hasta aprender á serlo.
Séate exemplo esa famosa reyna,
que marcha al templo por cumplir mi gusto.
Ven en pos de ambos á jurarme eterna
ley y obediencia ante el altar sagrado,
y haz á los dioses de tu fé testigos.
Ya ves el paso á la fortuna abierto:
un desaire te pierde: escoge, y habla.

EGISTO.

¿Me ves inerme, y que responda quieres?
Debe por cierto confundirme tu habla;
pero ese acero que quitaste astuto
torna á mis manos, que cobarde temes.
Entonces yo responderé, y veremos
quien el esclavo ó el señor ser deba:
si Polifonte ha de dictarme leyes,
ó á mí me toca castigar malvados.

POLIFONTE.

Miserable; se alienta tu osadía
porque sin duda en mi bondad creíste
ser superior á los agravios tuyos,

é incapaz de vengarme en la flaqueza
de un vil esclavo que á su rey se atreve.
Ea, pues, ya por término postrero
esta flaca piedad que me avergüenza
plazo muy breve te señala, breve,
para que alcances el perdon: te espero
en los altares: ven allá: obediencia
me has de jurar ó morirás al punto.
Ido yo al templo, conducidle. (1) En tanto
custodiadle los dos. (2) Nadie le vea.
Y ved que sois de sus caprichos necios
responsables: temed; que no se oculta
á mi entender vuestro impotente encono.
Pero ahora fio en la experiencia vuestra.
Y de Merope ó vuestro hijo salga
una imprudencia le alzará al suplicio.

Vase seguido de los soldados.

ESCENA TERCERA.

EGISTO, NARBAS, EURICLES.

EGISTO.

¡Ah! moriré; mas en la muerte espero
mi lustre acreditar. Dios de mis padres,
dadme vengar tan excesivo crimen:

---

(1) *A los soldados.* (2) *A Narbas y Euricles.*

Iluminad mi entendimiento flaco.
Hoy Polifonte á los altares vuestros
me convoca, y yo voy.

NARBAS.

Príncipe mio,
¿ya estais cansado de vivir?

EURICLES.

En riesgo
tanto á lo menos si servir pudiese
nuestro valor. Mas sin embargo, dadme
tiempo á salir y levantar el bando
de los parciales del honor, que hay muchos,
aunque parece se extinguió su brío:
dadme licencia....

EGISTO.

A los consejos vuestros
en otro tiempo mi valor cediera.
Mas hoy precisa en contrátiempo tanto
al cielo dar y al corazon oidos.
Solo las almas que indecisas se hallan
consejo escuchen: que la sangre excelsa
que en mí circula de los grandes héroes
no ha menester insinuacion de nadie.
Ya esta echada la suerte. ¿Qué es aquesto?
Merope aquí...

ESCENA QUARTA.

Dichos, MEROPE, *y acompañamiento.*

MEROPE.

Nuestro opresor me manda.
No pienses, hijo, que tu madre pueda
sobrevivir á tan odioso enlace;
pero consiento, á mi pesar, hacerle
por causa tuya, por salvar tu vida:
vive hijo mio, y sobrepuja el riesgo;
que es necesario que á servir aprendas.
No culpes, hijo, mi flaqueza: culpa
solo á mi amor, que en tus peligros crece.

EGISTO.

Pues conmigo venid.

MEROPE.

Detente: ¿qué haces?
¡Dioses! yo lloro su virtud sobrada.

EGISTO.

¿Veis de mi padre la sagrada tumba?
¿oís su voz que por venganza clama?
¿sois reyna y madre? Si lo sois seguidme:

MEROPE.

Sobre los hombres te levanta el cielo
en este instante: en tu semblante admiro

la sangre mia y la del fuerte Alcides.
Habla, hijo mio, y en mi pecho infunde
el valor que te alienta: Dios te inspira:
acaba, pues.

EGISTO.

¿En el sagrado templo
teneis amigos?

MEROPE.

Quando fuera reyna
tenía algunos; pero ya humillaron
á extraño yugo la abatida frente
los pocos que quedáran. Mis desdichas
debilitáron su virtud. Odiado
es Polifonte; empero el cetro empuña.
A mí me estiman: mas de mí se alexan.

EGISTO.

¡Todos os dexan! ¿Y el aleve monstruo
está ya en el altar?

MEROPE.

Allá me aguarda.

EGISTO.

¿Y hasta ese altar sus centinelas llegan?

MEROPE.

No, que cuidan la entrada: inmensa turba
de cortesanos, que tras mí otro tiempo
veloz corria de mi ley pendiente,
hoy le adula y rodea: y yo cercada
en el altar por sus parciales, solo

la entrada al templo franquearte puedo.

EGISTO.

Yo solo os seguiré, y allí los dioses
mis ascendientes, que el delito vengan,
encontraré.

MEROPE.

Te persiguieron siempre.

EGISTO.

Tal vez para probarme.

MEROPE.

¡Y qué, hijo mio!
¿qué es lo que intentas?

EGISTO.

Vamos ya; dispuesto
voy para todo: á Dios quedad, amigos:
presto veréis que de Merope el hijo
no malográra los afanes vuestros.
Ni tú (1) de tu obra quedarás quejoso:
darás hoy mismo testimonio al mundo
de si á mi estirpe mi valor responde.

ESCENA QUINTA.

NARBAS, EURICLES.

NARBAS.

¿Amigo, qué va á hacer? Ya se frustraron

(1) *A Narbas.*

mis esperanzas: que jamás reciben
castigo justo los tiranos diestros.
Yo pretendia que, seguro el tiempo
y en su lento pasar, á él se fiase
nuestra razon, que el injuriado cielo
al cabo vengaría, retornando
al triste Egisto su usurpado trono.
Mas ya conozco que supera el crimen.
Egisto va á su perdicion en fuerza
de su valor: no humillará su aliento,
y morirá.

EURICLES.

¿Los espantosos gritos
no oís, amigo, que los aires pueblan?

NARBAS.

Esa es del crimen la señal.

EURICLES.

Oygamos.

NARBAS.

¿Tú te estremeces?

EURICLES.

La infelice reyna
puede que al ir con Polifonte á unirse
muerte se diera por salvar su oprobio:
que tal designio en su furor llevaba.

NARBAS.

Ay! muerto es su hijo: ella por él viviera.

EURICLES.

Crece el estruendo, se redobla, viene
qual trueno que creciendo se aproxîma,
y conmueve los mundos.

NARBAS.

Por do quiera
gritos de combatientes, y sonidos
de trompetas, y voces moribundas
se escuchan. ¿Qué es aquesto? las estancias
de Merope retumban ruido horrendo
que hacen cayendo las rompidas puertas.

EURICLES.

Ved por allí una tumultuosa enjambre
que se atropella y se disipa huyendo.

NARBAS.

¿Va del tirano á complacer la furia?

EURICLES.

En quanto alcanzo desde aquí se advierte
confuso choque.

NARBAS.

¿Cuya sangre, cielos,
se va á verter? De nuestra reyna y su hijo
los dulces nombres por el aire vuelan.

POLIFONTE.

Ya el justo cielo nos abrió una senda.
Vamos á ver si nos llegó la hora
de vivir ó morir.

NARBAS.

Vamos: ¡ó dioses!
dad fortaleza á mis cansados miembros,
que ya otro tiempo por mi rey pelearon;
ó al menos dadme consagrar á su hijo
de mi vivir el agobiado resto.
Corramos pues....

ESCENA SEXTA.

NARBAS, *ISMENIA*, *Pueblo*.

NARBAS.

¿Pero qué es esto, Ismenia?
¿qué es lo que veo? ensangrentada vienes
y exánime: ¿qué ha sido?

ISMENIA.

¡Ay! dexadme
que aliento y vida en mi pesar recobre.

NARBAS.

¿Qué es de mi hijo y de su madre? ¿viven?

ISMENIA.

Apenas puedo respirar: el pueblo
en sus oleadas me arrojó á este sitio....

NARBAS.

¿Y Egisto?

ISMEMIA.

Es... digno sucesor de Alcides.

¡Egisto! el golpe descargó tremendo.
No: de aquel Dios el invencible brío
no diera exemplo tan sublime al mundo.

NARBAS.

¡Hijo y rey mio, que crié á mi lado!

ISMENIA.

Pronta la víctima, y de frescas flores
coronada se vía: en los altares
ya centellaban las nupciales teas,
y Polifonte, con iniquo aspecto
y traydoras miradas, á Merope
iba á alargar la delincuente mano.
El sacerdote las palabras santas
pronunciaba, y la reyna en su tristeza,
de comitiva rodeada triste,
iba temblando reclinada en mi hombro,
la muerte en vez del himeneo invocando.
Todo en silencio lo observaba el pueblo.
En este tiempo en la mansion sagrada
un mancebo penetra, semejante
en rostro y brío á un semidios, y en gloria.
Corre: era Egisto: hasta el altar se lanza:
sube: su mano la feroz cuchilla
que al sacrificio iba á servir agarra.
Menos presto es el rayo: víle, víle
herir al monstruo abominable y fiero.
Muere, *tirano*, le decia: ¡*dioses*!
admitid vuestras víctimas. El falso

Erox, que parte en las maldades fuera
de su señor, á quien nadando vía
en su pérfida sangre, alzó atrevido
la osada mano de venganza en busca.
Revuelve Egisto en su furor, y al golpe
tiéndele á par de su señor sin vida.
Relévase el tirano: al joven hiere;
yo ví la sangre se mezclar de entrambos.
Ya en son de guerra los soldados eran.
Su madre entonces, ¡ay, quanto ardimiento
amor infunde! ¡qué vigor extraño
su flaqueza tomó! Precipitada
lánzase enmedio de la armada tropa::
Este es mi hijo: *deteneos*: *suspende*,
tropa inhumana: *este es mi hijo*, *cesa*:
su madre soy y vuestra reyna: *heridme*,
Aquestos pechos su alimento fueron:
estas entrañas le infundieron vida,
y le dieron á luz: *despedazadme*.
Muévese el pueblo á tan dolientes gritos.
Nuestros parciales, de su mismo riesgo
advertidos, entre ella y los soldados
se precipitan con furor. Veríais
caer de repente los altares rotos,
fluctuar sus ruinas en sangriento lago,
entre sus madres rebentar los niños:
amigos, y enemigos, y soldados,
y sacerdotes en confusa grita

y revuelto monton todos muriendo.
Ir, volver, tropezar, caer, alzarse,
y entre los cuerpos rotos estrellarse.
Querer huir, volver, y otra y mil veces
ser la gran turba de un extremo á otro
del templo arrebatada en susto horrendo.
De los vayvenes la impetuosa furia
girando incierta de mi vista esconden
á Egisto y á la reyna: ensangrentada
vuelo entre los guerreros; y pregunto,
y las respuestas mi temor redoblan.
Muerto es, se grita: *ya cayó*: *ha vencido.*
Corro, me afano, me arrebata el pueblo;
y pisando cadáveres y ruinas
llego á este sitio en mi dolor incierta.
Venid, seguidme, pregonad conmigo,
que ignoro aún si se salvó la reyna:
i su hijo excelso conservó la vida,
ó si el tirano feneció. Mi pecho
ún permanece en turbacion y espanto.

NARBAS.

Dios poderoso, la empezada obra
oncluye, y sé de la inocencia escudo.
ean medida á tu favor los males
ue padecimos: que prospere Egisto,
muera yo en sosiego... Mas la reyna
no es la que allí entre los soldados viene?

ESCENA SÉPTIMA.

MEROPE, ISMENIA, NARBAS, pueblo y soldados.

Descúbrese en el fondo el cuerpo de Polifonte cubierto con un paño ensangrentado.

MEROPE.

Tropas, amigos, sacerdotes, hombres
y pueblos de Mesena, estadme atentos:
Egisto, os juro, es vuestro rey: el crimen
vengando á un padre castigó valiente.
Ese que veis revuelto en sangre y polvo
es un vil monstruo, de la especie humana
y de los dioses enemigo: el mismo
que con su acero asesinó á Cresfonte,
mi buen esposo, y vuestro rey y padre:
el que traydor á puñaladas crueles
mis dos hijos mató: el que infamemente
tiranizaba mi usurpado reyno,
y me ofrecía una cobarde mano
teñida en sangre de mis propias venas.
Corre ácia Egisto que viene.
Ese que llega, vencedor del tigre,
sangre es de Alcides, de Cresfonte el hijo,
y mio, y solo el que quedó á mi angustia.
¿Que mas quereis de mi verdad en prueba
que mi deshecho corazon? Volvéos,

ved este anciano: él arrrancó animoso
de entre las manos del traydor á Egisto.
Del cielo es obra lo demas.

NARBAS.

Lo juro
por las deydades por quien él peleaba
que es vuestro rey.

EGISTO.

¿Desconocer podríais
en tal estado á una amorosa madre;
á un hijo humilde á quien defiende, y venga
su muerto padre castigando el crimen?

MEROPE.

Si aún vacilais, reconoced á mi hijo
por sus acciones, por su fuerte brazo,
por su alma grande, á quien debeis la vida.
Quién que no fuera sucesor de Alcides,
n tierna edad y en la miseria envuelto,
uera bastante á libertar la patria,
castigar á los tiranos? Solo
l es sobrado á defender sus pueblos
vengar á la tierra. Oíd, ó gentes,
ue el cielo os habla: sus tremendas voces
plica en truenos, que á mis gritos juntos
cen y afirman que mi hijo es este.

ESCENA ULTIMA.

MEROPE, EGISTO, ISMENIA, NARBAS, EURICLES y pueblo.

EURICLES.

Mostraos, señora, al aquietado pueblo,
que sabedor de que su rey volviera
de boca en boca la noticia esparce,
do quier llevando universal contento.
Hablósele, y se enterneció la gente,
llanto vertiendo en impaciente gozo.
Al rey adora que le vuelve el cielo,
y á vuestro hijo y vuestro amor bendice.
Cada uno quiere contemplar su rostro,
mirar á Narbas, pleytesía haceros.
De Polifonte se maldice el nombre,
y los de Egisto y de Merope adoran.
Venid; rey mio, disfrutad el premio
de la victoria, que el amor os vale
de vuestros pueblos, y al triunfar excede.

EGISTO.

No á mí, á los dioses es debido el triunfo,
de do la dicha y la virtud nos vienen.
Venid, ó madre, á vuestro solio. Narbas,
tú serás siempre mi querido padre.

Esta, y Omasis, ó Josef en Egipto, *se venden en Madrid en las librerias de Matute y Rodriguez, calle de las Carretas.*

3 0112 098518720